

no era tiempo sino de pensar en salvarse; se acordó abandonar á Aranjuez, se designó por punto de residencia á Badajoz, y despues de nombrar una comision activa para el despacho de los negocios urgentes, compuesta del presidente Floridablanca, del marqués de Astorga, Valdés, Jovellanos, Contamina y Garay, en la noche del 1.º al 2 de diciembre salieron unos en pos de otros y en grupos camino de Extremadura, y llegaron sin particular contratiempo á Talavera de la Reina.

La defensa de Madrid se habia confiado, como dijimos, al capitan general marqués de Castelar, y á don Tomás de Morla. De tropas regulares solo habia dos batallones y un escuadron de nueva leva. Agolpóse el pueblo á la casa del marqués pidiendo á gritos ser armado; ofrecióselo el de Castelar, y se trabajó activamente para ello, logrando poderse distribuir entre los vecinos ocho mil fusiles, armando á otros con chuzos y con cuantos instrumentos ofensivos pudieron encontrarse. Las municiones no alcanzaron para todos, y como además se descubriese que algunos cartuchos contenian arena en vez de pólvora, irritóse estrepitosamente la muchedumbre. Súpose que el marqués de Perales como regidor habia intervenido en la construccion de los cartuchos, y no obstante ser el

ta extraordinaria del viernes 25 de noviembre de 1808.—Las cartas las firmaban Azanza, O'Farril, Romero, Urquijo, Arribas y Cabarrús.—Ya Cabarrús habia escrito ántes en el mismo sentido á la junta de Soria, á la cual debia atenciones y servicios especiales.

marqués hombre muy popular, y hasta predilecto del pueblo, porque hacia gala de llaneza, y le imitaba en trages y costumbres, y buscaba y mantenía intimidades entre las clases mas ínfimas y humildes, enfurecióse contra él, porque se propaló, sospechamos que sin fundamento, que habia recibido obsequios de Murat, y hasta se inventó que habia concertado con los franceses franquearles la puerta de Toledo. La multitud, siempre propensa á creer en momentos de fervor los rumores mas inverosímiles, acometió furiosamente su casa, la allanó, y encontrando al desventurado marqués, en otro tiempo su ídolo, le cosió á puñaladas, y le arrastró por las calles sobre una estera. ¡Deplorable fin el de aquel magnate, y lastimosa propension la de la plebe á dejarse arrastrar ciega á desmanes y escesos en momentos de exaltacion, si no hay quien pronto la dirija y enfrene!

Aunque Madrid no era ni ha sido nunca un punto defendible, hicieronse fosos delante de las puertas exteriores, y se construyeron algunas baterías á barbeta: se abrieron zanjas en las calles principales de Atocha, Alcalá y Carrera de San Gerónimo, desempeñáronse algunas y se formaron barricadas: se parapetaron los balcones y ventanas con almohadas y colchones, y se aspilleraron las tapias de la cerca, y principalmente las del Buen Retiro. En la casa de Correos se instaló una comision político-militar, que presidia el duque del Infantado, y la defensa de la

plaza se encomendó particularmente á don Tomás de Morla. Grande era la decision, y general el afan para los trabajos de defensa. En tal estado se dejaron ver en las alturas del Norte la mañana del 2 de diciembre los dragones imperiales. Napoleon llegó á los doce á Chamartin, y se alojó en la casa del Infantado. Era aquel dia aniversario de su coronacion y de la batalla de Austerlitz, y queria que lo fuera tambien de su entrada en la capital de España. Con tal intencion hizo intimar inmediatamente la rendicion de la plaza, pero faltó poco para que el oficial parlamentario fuese víctima del furor popular. Convenia mucho á Napoleon no detenerse delante de Madrid, porque le urgía volver á París para atender á los negocios de Alemania, y no le importaba menos que apareciese haber entrado sin resistencia en la córte española. Asi aquella misma noche, en tanto que el mariscal Victor levantaba baterías contra el Retiro, hizo que el mariscal Berthier, por medio de un oficial español prisionero, hiciera segunda intimacion, á la cual ya se meditó cómo contestar.

Recibióse en el campo imperial á las nueve de la mañana del 3 la respuesta del marqués de Castelar, diciendo que necesitaba consultar con las autoridades de la villa y conocer las disposiciones del pueblo, para lo cual y para poder dar una contestacion categórica pedia una tregua de un dia, seguro de que al dia siguiente temprano, ó acaso aquella misma noche, en-

viaría un oficial general con la resolucion. Pero ya á aquella hora, y mientras Napoleon simulaba atacar la poblacion por diferentes puntos, el general Senarmont con treinta piezas batía las tapias del Retiro; con facilidad se abrió un ancho boquete, por el cual penetraron los tiradores de la division Villatte; apoderáronse éstos de la fábrica de porcelana, del observatorio y del palacio, y ahuyentaron á los nuestros hasta la parte alta de las calles de Atocha y Alcalá donde se habian hecho las cortaduras, pero dejando por consiguiente en la parte baja muchas casas libres, de que tomaron posesion los franceses, inclusa la escuela de Mineralogia de la calle del Turco, que fué causa de que pereciese la preciosa coleccion de minerales de España y América que á costa de afanes, tareas y dispendios se habia logrado reunir en aquel local.

Estrañó mucho Napoleon que no desfallecieran los madrileños con la pérdida del Retiro; mas conviniendo á su política no aparecer un conquistador violento de la capital, hízole tercera intimacion por medio del duque de Neufchatel, ofreciendo á los habitantes proteccion, seguridad y olvido de lo pasado. La junta de Correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel imperial á don Tomás de Morla y á don Bernardo Iriarte, los cuales solicitaban nuevamente el plazo de un dia para hacer entrar en razon al pueblo. Agriamente recibió el emperador á Morla, reconvínole por su conducta con los prisioneros de Bailen, le recordó la que

en la guerra de 1793 habia observado en el Rosellon, y concluyó diciéndole: «Volved á Madrid; os doy »de plazo hasta las seis de la mañana: no volvais »aquí sino para anunciarme que el pueblo se ha so- »metido: de otro modo, vos y vuestras tropas sereis »todos pasados por las armas.» Tan aturdido re- gresó Morla con este recibimiento, que no acertó á dar cuenta á la junta, teniendo que hacerlo por él Iriarte. La junta, aunque con sentimiento, se convenció de la necesidad de capitular: el marqués de Castelar y el vizconde de Gante, no queriendo ser testigos de la entrega, salieron aquella noche con la poca tropa que habia, camino de Extremadura el uno, de Segovia el otro: los moradores, viéndose abandonados, se retiraron á sus casas; á las seis de la mañana siguiente volvió Morla con el gobernador don Fernando de la Vera al cuartel imperial con el proyecto de capitulacion y entrega de Madrid, que Napoleón aprobó en casi todas sus partes y con ligeras modificaciones ⁽¹⁾.

(1) *Capitulacion que la junta militar y política de Madrid propone á S. M. I. y R. el emperador de los franceses.*

Art. 1.º La conservacion de la religion católica apostólica y romana sin que se tolere otra, segun las leyes.

Concedido.

Art. 2.º La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Ma-

dríd, y los empleados públicos: la conservacion de sus empleos, ó su salida de esta córte, si les conviniere. Igualmente las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas.

Concedido.

Art. 3.º Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los

A las diez de aquella misma mañana (4 de diciem- bre) entró en Madrid el general Belliard, ya muy conocido en la córte por su larga residencia en tiempo de Murat, con las tropas destinadas á guarnecerla. Alguna resistencia intentaron oponer todavía los mas tenaces, refugiados en el cuartel de los Guardias de Corps,

militares de todas graduaciones.

Concedido.

Art. 4.º Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos, y por obediencia al gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa.

Concedido.

Art. 5.º No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente.

Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.

Art. 6.º Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion.

Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.

Art. 7.º Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares sino en cuarteles y pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los privilegios concedidos por las leyes á las respectivas clases.

Concedido, bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados cuarteles y pabellones amueblados conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean insuficientes dichos edificios.

Art. 8.º Las tropas saldrán de

la villa con los honores de la guerra, y se retirarán donde les convenga.

Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy 4 á las dos de la tarde; dejarán sus armas y cañones: los pañanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería, y después los habitantes se retirarán á sus casas y los de fuera á sus pueblos.

Todos los individuos alistados en las tropas de línea de cuatro meses á esta parte, quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demás serán prisioneros de guerra hasta su cange, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

Art. 9.º Se pagarán fiel y constantemente las deudas del estado.

Este objeto es un objeto político que pertenece á la asamblea del reino, y que pende de la administracion general.

Art. 10. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran.

Concedido: continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueldos será hasta la organizacion definitiva del reino.

Art. 11.º ADICIONAL. Un destacamento de la Guardia tomará

pero hubieron de ceder pronto á las exhortaciones de los hombres prudentes. El pueblo tachó de traidor á Morla, cuando acaso no habia sido sino pusilánime: por desgracia pasándose mas adelante á los franceses, si el juicio popular no habia sido entonces exacto, pareció por lo menos profético. A los dos dias fueron desarmados todos los vecinos. Napoleon permaneció en Chamartin con su guardia, y solo una vez y muy de mañana atravesó la capital por la curiosidad de ver el palacio real.

La circunstancia de no haberse nombrado siquiera al rey José en la capitulacion nos pone en el caso de explicar la estraña conducta de los dos hermanos entre sí durante estos sucesos. Napoleon habia dejado á su hermano en Burgos; deploraba éste la necesidad de una guerra sangrienta para colocarle por la fuerza en un trono: veia y observaba que su hermano no le asocia-

posesion hoy á á mediodia de las puertas de palacio. Igualmente á mediodia se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército francés.

A mediodia el cuartel de Guardias de Corps y el Hospital general se entregarán al ejército francés.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería é ingenieros á la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se desharán, y las calles se repararán.

El oficial francés que debe tomar el mando de Madrid acudirá á mediodia con una guardia

á la casa del principal, para concertar con el gobierno las medidas de policia y restablecimiento del buen orden y seguridad pública en todas las partes de la villa

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid 4 de diciembre de 1808.
—Fernando de la era y Pantoja.—Tomás de Morla.—Alejandro, príncipe de Neufchatel.

ba á ninguna de las acciones gloriosas de su ejército; resentíase su propia dignidad; pero faltábale posibilidad para remediar los horrores que presenciaba, y valor para contrariar los designios de su hermano. El 28 de noviembre salió de Burgos, franqueó el puerto de Somosierra despues del célebre combate de los lanceros polacos, y pareciéndole que era deber suyo presentarse delante de la capital de sus Estados al mismo tiempo que el emperador, incorporósele el 2 de diciembre en su cuartel general de Chamartin. Recibióle Napoleon friamente, pero permanecieron allí juntos. El emperador procedia en todo como aquel á quien perteneciera la España por derecho de conquista; ejercia la autoridad suprema en toda su plenitud; expedia decretos imperiales, y parecia olvidar que era su hermano á quien habia hecho rey de España. José comprendia y sentia el papel desairado que estaba haciendo, y no pudiendo entrar en la córte dignamente como rey, se trasladó al sitio del Pardo.

Fueron notables los decretos de Napoleon en Chamartin, espedidos todos en un dia (4 de diciembre). «Los individuos del Consejo de Castilla, decia el primero, quedan destituidos como cobardes, é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa. — Los presidentes y fiscales del Rey serán arrestados y retenidos como rehenes: los demás consejeros quedarán detenidos en sus domicilios, so pena de ser perseguidos y tratados como traidores.»

«—El Tribunal de la Inquisicion, decia otro, queda »suprimido como atentatorio á la soberanía y á la autoridad civil.» Por otros se disponia que ningun individuo pudiera poseer sino una sola encomienda: se reducía el número de conventos existentes á la tercera parte: se abolía el derecho feudal en España, y se ponian las aduanas en la frontera de Francia ⁽⁴⁾. La primera medida era contraria á la capitulacion, puesto que atentaba á la prometida seguridad personal. El decano del Consejo, don Arias Mon, fué con otros magistrados conducido á Francia. Hízose lo mismo, conmutando la pena de muerte en la de encierro perpétuo, con el príncipe de Castelfranco, el marqués de Santa Cruz del Viso y el conde de Altamira, comprendidos en el decreto de proscripcion de Burgos. Las demás medidas habrian sido bien recibidas por los hombres ilustrados, si hubieran procedido de autoridad legítima. Aun así llevaron algunos prosélitos al partido del usurpador.

José no disimuló á su hermano el profundo disgusto que le causaba verle legislar como soberano en presencia de quien al fin habia sido proclamado rey de España; y desde el Pardo le dirigió (8 de diciembre) la sentida carta siguiente. «Señor: Urquijo me »comunica las medidas legislativas tomadas por V. M. »La vergüenza cubre mi frente delante de mis pre-

(4) Gaceta extraordinaria de Madrid de 41 de diciembre.—Ex-tracto de las minutas de la Secretaría de Estado.

»tendidos súbditos. Suplico á V. M. admita mi renuncia á todos los derechos que me habiais dado al »trono de España.—Preferiria siempre la honra y la »probidad á un poder comprado á tanta costa.—A »pesar de todo, seré siempre vuestro mas afecto hermano, vuestro mas tierno amigo. Vuelvo á ser vuestro súbdito, y espero vuestras órdenes para irme donde sea del agrado de V. M. ⁽⁴⁾.»—Napoleon volvió sobre sí. Condescendiendo en ceder, como de nuevo, en favor de su hermano la corona de España que decia pertenecerle por derecho de conquista, exigió que todos los habitantes de la córte prestáran juramento de fidelidad á José, pero un juramento que no saliera solo de la boca, sino del corazon; como si los sentimientos del corazon pudieran sujetarse á los preceptos humanos. Hízose no obstante la ceremonia solemne de salir y presentarse al emperador una diputacion numerosa de Madrid (10 de diciembre), representando al ayuntamiento, clero secular y regular, nobleza, cinco gremios, y diputaciones de los sesenta y cuatro barrios, á darle gracias por su benéfica capitulacion y por la benignidad con que habia tratado al vecindario, y á pedirle les concediera tener la satisfaccion de ver en Madrid á S. M. el rey José. El emperador les dirigió una larga arenga, ponderando los beneficios de sus soberanas disposiciones, ofreciendo que pron-

(4) Memorias del rey José, al libro 3.º tom. V. Correspondencia relativa

to arrojaría de la península los ingleses, diciendo que él podría gobernar la España nombrando otros tantos vireyes cuantas eran sus provincias, pero que le hacía la merced de darle un rey, al cual todos los vecinos habrían de jurar fidelidad en los templos ante el Santísimo Sacramento, é inculcarla los sacerdotes en el púlpito y en el confesonario ⁽¹⁾.

Entretanto preocupaba á Napoleon el modo de buscar y atacar á los ingleses y de acabar con las reliquias de nuestros dispersos y desorganizados ejércitos. El duque de Dantzick (Lefèbvre) llegó á Madrid el 8 con el suyo. El de Istria (Bessières) con su numerosa caballería habia obligado á nuestro menguado ejército del centro á refugiarse en las montañas de Cuenca. El de Bellune (Victor) puso sus acantonamientos en Aranjuez y Ocaña. El de Elchingen (Ney) habia marchado á Guadalajara por Calatayud. Lasalle y Milhaud con sus divisiones de caballería iban marchando hácia Talavera de la Reina. Antes que llegaran, fué esta villa teatro de una de las mas horribles y lamentables tragedias. A ella se habian encaminado desde Segovia, con los dispersos de Extremadura que pudieron recoger don José Heredia y don Benito Sanjuan. Ya en el Escorial, pero mucho más en las inmediaciones de Madrid cuando supieron la capitulacion, desordenáronse los

(1) La arenga del corregidor Gaceta en los dos idiomas, español y francés, en dos columnas. de Madrid y la contestacion del emperador se publicaron en la

soldados, y corrieron la tierra como bandidos, talando y asolando pueblos hasta Talavera. Allí intentó Sanjuan reprimir los excesos y restablecer la disciplina: pero la gente desalmada, militares y paisanos, mejor hallada con la holganza y el pillage que con el orden y la subordinacion, proclamó traidores á sus gefes (recurso con frecuencia usado por los malvados y díscolos en casi todos los contratiempos), y acudiendo en tropel al convento de San Agustin donde se alojaba Sanjuan, guiada por un perverso y furibundo fraile, penetró en su habitacion resuelta á asesinarle. Defendióse con su sable el caudillo cuanto pudo, pero desarmado por la multitud, al intentar arrojarle por una ventana cayó derribado por tres tiros al suelo. Su cadáver, desnudo, mutilado, arrastrado por las calles de la villa, fué por último colgado de un árbol en medio del paseo público y hecho blanco de nuevos disparos. Cuando entró la division francesa de Lasalle en Talavera (11 de diciembre), todavía encontró el cuerpo del desgraciado Sanjuan insepulto al pié del instrumento de su suplicio; solo permanecía atada al árbol la mano con que habia empuñado la espada de honor en defensa de su patria. Atrocidad de las mas horribles, ejecutada por soldados con su propio gefe, y que hace rebozar de indignacion todo pecho que no esté del todo endurecido y petrificado.

Poco menos desmoralizado el ejército del centro, reducido á ocho mil hombres cuando en Sigüenza

reemplazó la Peña á Castaños, habiendo llegado tarde á reforzar el de Extremadura en Somosierra, teniendo que tomar rumbo á Guadalajara, queriendo primero socorrer á Madrid, ganar después los montes de Toledo, pero encontrando la capital ya rendida y Aranjuez ocupado por los enemigos, torciendo luego á Cuenca para buscar abrigo al amparo de sus sierras y descanso de sus penalidades, en aquellas penosas é inciertas marchas disgustada la tropa y propensos á la rebelion algunos oficiales y gefes, hubo conspiraciones y conflictos que pudieron tener término semejante á la escena de Talavera. A la cabeza de los insubordinados llegó á ponerse el teniente coronel de artillería don José Santiago, que al fin retenido por el conde de Miranda y hecho conducir á Cuenca, pagó un mes después en esta ciudad con la vida el delito de rebelion con algunos de sus cómplices. Pero el gérmen de escision era tál, que el mismo la Peña reconoció no poder continuar en el mando, y en un conséjo de guerra celebrado en Alcázar de Huate le resignó en el duque del Infantado, que habia salido de Madrid en los dias de mas crisis en busca de aquel ejército, creyendo todavía en la oportunidad de su auxilio. El duque aceptó, y la junta aprobó su nombramiento.

Era el 10 de diciembre cuando este malparado ejército entró en Cuenca, despues de tantas marchas y contramarchas, escaseces, tropiezos, conflictos y sublevaciones, siendo admirable que se hubiera podido

conservár reunida tanta gente y salvar la artillería. Pero lo que causó mas asombro á aquel mismo ejército fué ver llegar á Cuenca el 16 una parte de la division de Cartaojal mandada por el conde de Alacha, que habia quedado cortada en Nalda (Rioja), y cuyos soldados y caudillo, «acampando y marchando, como dice un historiador, por espacio de veinte dias á dos ó tres leguas del ejército francés, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y casi desnudos en estacion cruda, apenas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron, venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse, no solo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.» Mas si bien la posicion de Cuenca era propósito para reponerse el ejército del centro, quedaba abierta y desamparada la Mancha, y pudo con facilidad el mariscal Victor desde Aranjuez y Ocaña estenderse sin estorbo por ella y recoger abundancia de víveres, y hasta enseñorearse de Toledó, de donde huyó aterrada la junta provincial (19 de diciembre) en union con los vecinos mas acomodados.

Los reveses de la guerra y el abandono en que de sus resultas se veían los pueblos, produjeron en muchos de ellos cierta desesperacion que los arrastró á cometer excesos y crímenes parecidos á los del período del primer alzamiento. En Ciudad Real fué bár-

baramente asesinado el canónigo de Toledo don Juan Duro, antiguo amigo del príncipe de la Paz, que era conducido preso á Andalucía. En Malagon sufrió igual desastrosa suerte el ministro que habia sido de Hacienda de Cárlos IV. don Miguel Cayetano Soler, que iba tambien arrestado. En Badajoz fueron igualmente inmolados al furor popular un coronel de milicias, un tesorero que habia sido tenido por allegado de Godoy, y dos prisioneros franceses: Asi en otros pueblos. Aunque corto el número de estas víctimas, no dejó de afeár el segundo período de la campaña de este año, ya de por sí harto infeliz.

Inundada de enemigos la Mancha hasta Manzanares, á escepcion de Villacañas, en cuya villa, merced al denuedo de sus moradores, nunca lograron penetrar las diversas partidas de caballería que lo intentaron; amagando otra vez los franceses á Sierra-Morena, á cuyas fraguras se habian refugiado muchos dispersos nuestros, oficiales y soldados, presentóse allí enviado por la Junta Central su individuo el marqués de Campo Sagrado, con la mision de reunir los dispersos, promover el alistamiento de nueva gente, y poner en estado de defensa el paso de Despeñaperros. Llegó el marqués á Andújar en ocasion que las juntas de los cuatro reinos de Andalucía, sabiendo la dispersion de los ejércitos, pero ignorando el paradero de la Central, trataban de establecerse en la Carolina, en union con sus vecinas las de Ciudad Real y Extrema-

dura, á las cuales habian invitado al efecto. El mando de las tropas que habian de reunirse en la Sierra se dió al marqués de Palacio que habia sido llamado de Cataluña. Con los auxilios que de Sevilla fueron enviados, y lo que de todas partes se pudo recoger, llegaron á juntarse en la Carolina y sus inmediaciones hasta seis mil infantes y trescientos caballos, bastante para servir de núcleo á un nuevo ejército que pudiera reorganizarse para la defensa del Mediodía, pero insuficiente si el emperador se hubiera propuesto penetrar en él con sus poderosas fuerzas, y no hubiera preferido emplearlas contra el ejército inglés, al cual miraba como el único temible que le quedaba en la península.

Y era así, que de los nuestros solo reliquias de cada uno habian quedado en Leon, Astúrias y Galicia, en Badajoz, en Cuenca y en la Carolina, y algunos que se habian acogido á Zaragoza, sitiada ya otra vez, como luego veremos. Cataluña tenia bastante con atender á su propia defensa. Trató pues Napoleon de perseguir á los ingleses por Castilla y Extremadura á un tiempo, por si aquellos, situados como estaban en Salamanca, intentaban retroceder á Portugal. Lefebvre con veinte y dos mil infantes y tres mil caballos se dirigió á Extremadura por Talavera. Galluzo, que habia reemplazado al desventurado Sanjuan en el mando del ejército extremeño, intentó defender los vados y los puentes del Tajo, situándose él en el de

Almaráz. Pero tomado por los franceses el del Arzobispo en que se habia colocado el general Trías, y acometidos los demás sucesivamente, tuvo él mismo que retirarse, primero á Jaraicejo y después á Trujillo. En esta ciudad, atendido el mal estado de las tropas y la superioridad de las fuerzas enemigas, deliberóse en consejo de guerra lo que habia de hacerse, y se acordó alejarse hasta Zalamea, distante mas de tres jornadas, al lado de la sierra que parte términos con Andalucía. Llegaron allí nuestras asendeadas tropas el 28 de diciembre: los franceses ocuparon dos dias ántes á Trujillo.

Nada hemos vuelto á decir de la Junta Central desde que la dejamos en Talavera. Allí celebró dos sesiones: prosiguió luego su viage, y en Trujillo se detuvo cuatro dias, dando órdenes á los generales y juntas para el armamento de aquellas provincias, y haciendo esfuerzos, mas plausibles que fructuosos, para persuadir al general inglés Moore á que obrára activamente en Castilla, y distrajera las fuerzas del imperio para impedir una invasion en Andalucía, donde ella se encaminaba, y único punto dõnde á favor de aquella distraccion podria con algun desahogo reorganizarse un ejército. En efecto, la Junta resolvió en Trujillo, no dirigirse ya á Badajoz como ántes habia pensado, sino á Sevilla, ciudad mas populosa, de mas recursos y por entonces mas resguardada. A su paso por Mérida una diputacion de la

ciudad, apoyada después por la misma junta provincial, y esponiendo ambas que aquél era el clamor del pueblo, pidió á la Central que nombrára capitán general de la provincia y de sus tropas á don Gregorio de la Cuesta, que los centrales llevaban consigo en calidad de arrestado. Estraña peticion, en la situacion en que aquel general se hallaba, y con los antecedentes que á ella le habian conducido, y por lo cual la Junta resistió cuanto pudo y accedió después con repugnancia á su nombramiento. Cuesta fijó su cuartel general en Badajoz, y llamó las tropas de Zalamea, con que dejó descubierta la Andalucía, que era una de las cosas que la Junta recelaba.

El 17 de diciembre entró la Central en Sevilla, donde fué recibida con júbilo y entusiasmo, porque sus últimas medidas y su reciente actitud habian desvanecido en mucha parte la nota de falta de energía y actividad con que hasta entonces se le habia tildado. La muerte de su anciano presidente el conde de Floridablanca, acaecida á los pocos dias (28 de noviembre), y su reemplazo por el marqués de Astorga, contribuyó tambien algo á darle mas vida en lo político y en lo militar, porque se habia hecho Floridablanca, como sabemos, enemigo de toda reforma, y las ideas de el de Astorga estaban mas en armonía con las de su siglo.